

MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ



GENTE DE A PIE

Este libro de breves narraciones, centradas en nuestro hermoso y querido pueblo Alcudia de Guadix, Valle del Zalabí, no pretende reflejar su historia desde los años 50, sino más bien rendirle un humilde homenaje - a él y a sus habitantes- en el ya atardecer de mi vida, a través de diferentes pinceladas, entremezclando la realidad con algo de invención en sentido poético, un poco de picaresca y, sobre todo, un mucho de cariño.

Especialmente se lo dedico a mis padres, que me enseñaron a caminar por la vida, a mis hermanos con quienes la he disfrutado poco tiempo, y a mi esposa , hijos y nieto, que me la colman de felicidad.

© GENTE DE A PIE
© MIGUEL HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ
C/ Echegaray, 23, 2º A
03690 San Vicente del Raspeig. Alicante
Telefonos: 96 630 40 26 y 677 173 069
Registro de la Propiedad Intelectual
ISBN: 978-84-611-6927-6
Depósito Legal: SE-5062-2007 Unión Europea

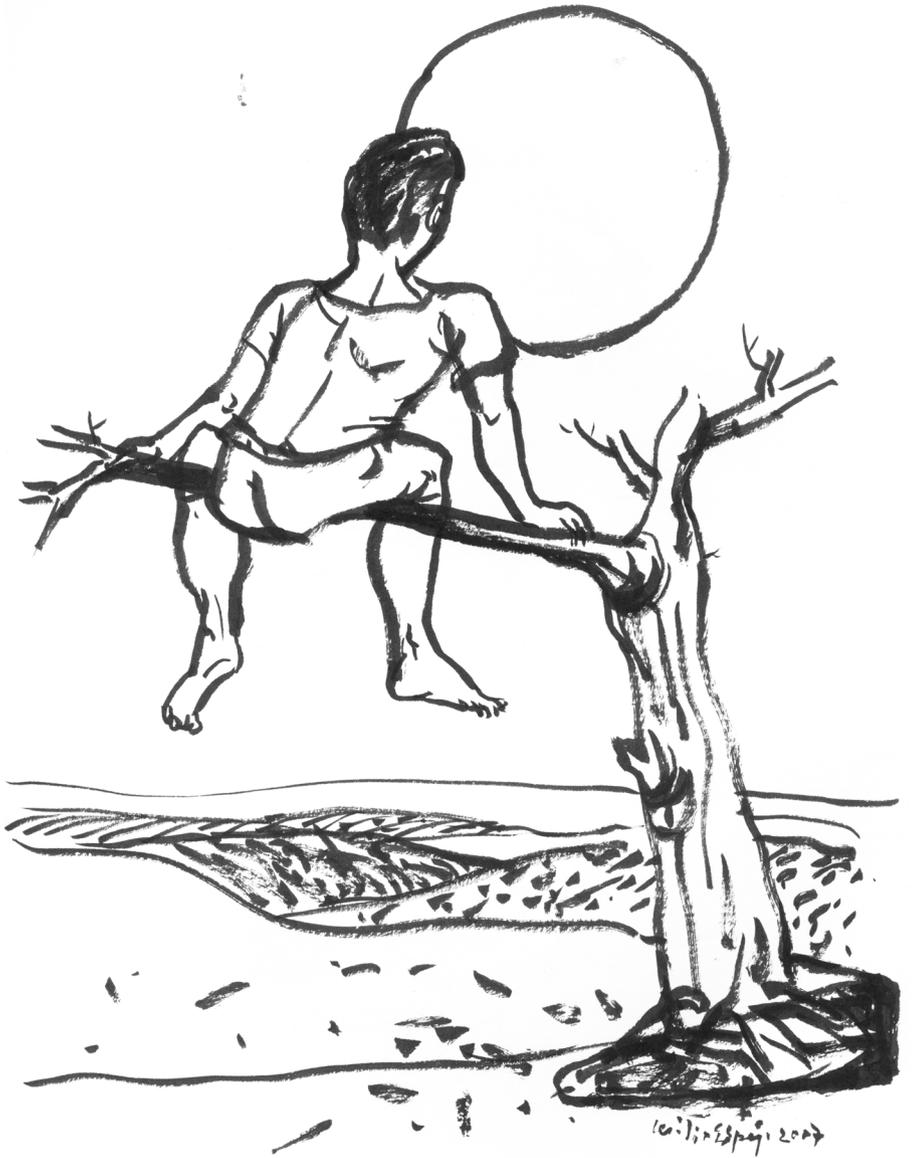
Diseño de cubierta y dibujos: © Cecilio Espejo
Maquetado: © José L. Sierra Cortés
Coordinadora Editorial: Asociación Salamanca-Claret
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni de ningún otro medio, sea mecánico, fotoquímico o electrónico, magnético o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor.

Miguel Hernández Hernández

GENTE DE A PIE

Dibujos y portada
Cecilio Espejo



LA COMPAÑERA DE MI VIDA



Próximamente van a cumplirse treinta y seis años de nuestra unión matrimonial. En aquellos tiempos, sin demasiado boato; suma sencillez. La celebración eclesiástica (todo hablado para que fuera el celebrante un antiguo compañero de curso, pero por circunstancias imprevistas no pudo ser), en una pequeña iglesia del barrio. La celebración de restaurante -sin necesidad de solicitarlo con anticipación-, en la pequeña casa de mis suegros, barriada de San Jerónimo, Sevilla, en donde nos juntamos no más de veinticinco miembros, exclusivamente familiares. Unas tapas y dos enamorados pululando entre esa pequeña familia. Fue un uno de enero de 1972. Son muchos años, que han pasado como los segundos de un gran reloj, que crees que van a tardar más por ser grande el segundero, pero las zancadas han sido las mismas.

Mujer hermosa, buena, excelente compañera, mi amable animadora, mi, a veces, amiga sufridora,

mi todo, en pocas palabras. Por mucho que trabaje, nunca se queja. En su colegio, como una obligación, y en casa, hacendosa. Aunque ella no se dé cuenta, yo la admiro, la quiero y la ayudo.

Se abre la montaña, revienta la noche esparciendo estrellas, se rompen los montes y surge señorial un puñadito de carne, en el 1946.

Creció en juventud y hermosura, y quiero creer que un buen día nuestros ángeles de la guarda decidieron que nos encontráramos. Allí la tenía delante, de ojos negros, grandes, rasgados; de silueta veinteañera, enamorada de mí, a la sazón, cabo furrier; de mí que con mi juventud postseminarial ni me atrevía a mirarla. Era tan bella que parecía de nácar, tacita de porcelana, muñeca de plata. Suave piel, tez morena moruna, huella de aquella raza que se asentó por tantos años en las tierras andaluzas. Cintura de modelo, piernas sedosas y esbeltas.

Ahora mujer, esposa, madre y abuela en pocos años, todo a la vez. ¡Qué bondad y qué belleza! ¡Qué em-paque! En los treinta y cinco años que han pasado desde que pronuncié el “sí quiero”, he soñado muchas, muchas noches con ella, sin creerme que fuera mi mujer, que pudiera tener a mi lado aquel cuerpo sedoso de piel melosa. ¡Y la miraba de reojo por si fuera un sueño! ¡Pero era de verdad!

Fueron años y años sin beber de este género, fuente de vida. Se equivocó la paloma y se equivocaron ellos. Fueron veinte y tantos años; no debería haber sido, pero así fue.

Ahora ya estamos cercanos al atardecer, a poca distancia de la vejez y de la noche. Trabajamos todavía. Apenas me faltan dos años para el jubileo; a ella, cuatro. Ambos con achaques y goteras, como casi toda la gente de nuestras edades. Paseamos, nos decimos muchas, muchas cosas, mirándonos y sin necesidad de hablar. Nuestro silencio en la mirada es nuestro altavoz.

El paso del tiempo quiere que yo no sea ya el joven de ayer, bien trajeado por su función laboral de educador y despacho, ni ella sea tan joven niña, aunque su juventud y madurez es escarcha que mantiene de aquellos largos años. Pero el paso del tiempo no ha logrado hacer mella en nuestro amor. Ella sigue siendo mi esposa, mi amada, el embeleso de mis días. Sigue igual que siempre la he conocido, tal como era antes de casarnos, cuando vivía en la Macarena: llana, sencilla, graciosa, alegre, quitando penas de en medio; las suyas no las muestra, aunque las lleve, para no hacer sufrir a los de su vera.

Esta es mi amada, a la que he intentado describir con todo el gran cariño que siento por ella,

aunque lo haya hecho con rasgos de lápiz sin punta o con pinceladas desajustadas.

Por ella canto al sol, al viento, a las estrellas, a la vida, a los nacidos y por nacer. Y con suma humildad canto y doy gracias a Dios.



DE LA CUEVA Y SU GENTE



Ugill's 2004



La arquitectura de las cuevas se encuentra muy extendida por la zona de Alcu­dia en un terreno de gravas y arcillas impermeables fácil de excavar. Este tipo de viviendas subterráneas adquirió gran importancia y constituye un fenómeno paisajístico interesante. Las cuevas aparecen formando múltiples montículos de tono rojizo que contrasta con el color blanco de la cal y el verde de los árboles. Cada cueva tiene su chimenea vestida de blanco. Desde lejos todo el cerro parece como adornado de blancas palomas mensajeras o de copos de nieve navideños.

Yo mismo he nacido y vivido hasta los nueve años en una cueva. Se accedía a ella mediante un breve pasillo exterior, en uno de cuyos lados se encontraba el corral con sus gallinas y conejos, animales que eran materia prima de la economía doméstica mediante la venta o trueque que realizaba mi madre los sábados en Guadix después de recorrer

los cinco kilómetros que lo distancian del pueblo. Hay que decir que el corral servía también para el natural desahogo corporal.

La cueva tenía por entrada una grande y fuerte puerta de madera con algunos clavos de chapa ya oxidados, adheridos a su superficie a modo de adornos. Se abría con una enorme llave de hierro. Delante de la puerta había un tranco para evitar que entrara el agua y la suciedad de la era. Entre puerta y tranco, una cortina de saco para que las moscas se quedaran fuera.

Abierta la puerta, la salita de estar con sus cuatro sillas cosidas con sogas de esparto (no daba para más el lugar) y un basal adornado de figuritas y recuerdos; entre los cuales, el azafate que le regaló mi abuela paterna a mi madre el día de su boda, hace ya sesenta y tantos años. Dicho lebrillo o azafate ya tenía lañas cuando mi tatarabuela se lo regaló a mi abuela; las mismas lañas que ha seguido teniendo en sus muchos años de uso para las comidas diarias. Ahora mi madre lo tiene como una joya, y no es para menos. En este reducido recinto se recibía a las visitas.

A la derecha de la salita, una pequeña cocina, con su chimenea de leña, donde se guisaba con las trébedes (“estrébedes” para nosotros) o con un fogón que consistía en un cilindro de latón relleno de paja

con un agujero vertical en el centro y otro horizontal en la base del mismo para su respiración. Utilizando siempre -y que no faltaran- las tenazas y el candil; la luz eléctrica no existía todavía y tardó mucho tiempo en llegar. En un lateral de la cocina estaba la cantarera para el agua que traíamos de las numerosas fuentes potables y manantiales que antaño existían en todos los puntos cardinales del pueblo. La cocinilla era el rincón más hogareño pues junto al fuego jugábamos los niños haciendo círculos con una yesca encendida o con ascuas del fuego. “¡Que te vas a mear, niño!” nos decían los mayores. Y claro que nos meábamos, pero no por hacer círculos sino por no levantarnos e ir al corral donde hacía mucho frío. Una vez por año había que deshollar la chimenea para que el tiro de la misma estuviera limpio y no revocara humo hacia las personas que allí se encontraban.

A la izquierda de la salita había dos cuartos: en el primero pacían las pocas cabras que teníamos para el sustento lácteo de la familia y posteriormente vender los chotos que parían, y con ese dinero (reales, antaño) se compraban otras materias primas más necesarias. En el mismo lugar se ubicaba una cochinerera con su puerta, en donde teníamos colocada una pileta de mármol para la comida de los cerdos, en la que guarreaban todo lo que querían y más. Habitualmente engordábamos dos al año y los

matábamos por diciembre. A continuación del anterior y en la misma dirección, otro cuarto de idénticas dimensiones, destinado a los animales de carga que eran dos burras, la Blanquilla y la Negra; cada una con su pesebre para la paja mezclada con cebada. En sus paredes, colgadas de clavo muy largo y resistente, se encontraban numerosos aperos. Allí se guardaban el ubio, las colleras, la cincha, la jáquima, el arado de hierro y de palo, la grada de gradar, la tabla de tablear, el harnero, la hoz, la pala, la criba, el pico, la azada, la horca, el pincho y tantos y tantos utensilios necesarios e indispensables para las labores agrícolas.

He citado la Blanquilla y la Negra. Luego fueron la Parda y la Coja. Cuando los animales, por edad y labores, no podían dar más de sí, había que cambiarlos por otros más jóvenes. El escenario era la feria de ganado de Guadix. El ritual era muy sencillo y exigente. Comprador, vendedor y testigo juntaban sus manos y trato hecho. Inútil el acta notarial. Un convite por colofón.

Los animales eran “gente” de la cueva. Quizás sorprenda a alguien que diga que eran como de la familia, pero realmente así era; comprendían nuestro lenguaje y nosotros el suyo. No puedo olvidar el final de la Coja. Enferma, tumbada en la cuadra, me miraba con sus ojos grandes de azabache, queriendo

hablarme y decirme que se marchaba; y se marchó, intentando en sus últimos instantes levantar su pesada cabeza y abrir sus grandes y dulces ojos que fue cerrando poco a poco en una noche cubierta de frío e hielo. La enterramos junto al Castañar, donde tantas veces habíamos echado la siesta ella y yo. Después de la siesta ella se levantaba, no sin antes revolcarse de un lado y del otro haciendo una enorme polvoreda que me obligaba a mojar mi carita de niño en la pequeña acequia que aún desliza sus cristalinas aguas por allá. Sobre la tumba le puse su nombre con piedras.

Los excrementos, tanto de las burras como de las cabras, marranos, conejos o gallinas, los utilizábamos para abonar las pocas tierras que con hambre y sudor habían conseguido nuestros padres. Los llevábamos a los campos en serones con nuestras borriquillas.

Alguien se podría preguntar por el olor de los animales señoreando la cueva. Supongo que sería mucho el que desprenderían desde sus respectivos cuartos, pero nuestras pituitarias estaban saciadas ya de dichos olores y sólo detectaban el olor de las gachas de maíz o de las migas de pan con uvas o el cocido con “pringá” o las talvinas o las papas fritas que nos guisaba nuestra madre a las mil maravillas.

Pero sigamos con la descripción de la cueva.

El cuarto donde estaban las burras se separaba del anterior mediante una puerta de madera para que no se mezclaran con los animales vecinos. No se ha dicho que la separación entre la salita y la cocina y entre la salita y las cuadras no la hacían puertas sino unas cortinas de saco o ropones (fabricación casera de trapos viejos). Desde esta cuadra, un largo túnel bajo, a modo de mirilla, conducía hasta el pajar que, a su vez, mediante un postigo, se comunicaba con el exterior de la cueva. Por el postigo se descargaba la paja mientras el más pequeño, en el interior del pajar, la iba apelmazando. Al finalizar la faena salía la criatura cubierta de polvo y se dirigía al cuarto de las papas para la ducha que consistía en colocarse desnudo sobre una palangana y recibir un cántaro de agua fría de la cabeza a los pies y así quedaba limpio de “polvo y paja”, nunca mejor dicho.

Volviendo a la salita, dando la espalda a la puerta de entrada de la cueva, nos adentramos en un espacio a cuya izquierda se situaba el dormitorio de nuestros padres. En un rincón estaba la zafa con un espejo oscilante y un soporte para el jabón (manufacturación casera) y otro para la toalla que no pasaba de su condición de trapo. Allí nos aseábamos toda la familia.

Hacia dentro, contiguo al dormitorio paterno, estaba el cuarto de los niños... y de algo más. A un

lado, una cama alta, con colchón de farfollas, para mi hermano y yo y una más pequeña, para mi hermana. Y dije “de algo más” porque encima de nosotros y en la pared había cañas de las que colgaban, para su conservación, tomates, pimientos y melones. De vez en cuando algún tomate nos acariciaba de sopetón y nos pintaba de color rojizo nuestras infantiles caras. También colgaban del techo, en el centro de la habitación pero con palos de álamo blanco, las morcillas y chorizos aún en proceso de secado. Una vez secos se freían y ambos succulentos manjares iban a una vasija grande de lata que había en un rincón, en el lateral izquierdo, reduciendo el pasillo para entrar al resto de cuartos a la más mínima expresión

Nos seguimos adentrando en la cueva y topamos a la izquierda con un cuarto repleto de papas, cebollas y panzas de tocino que mi padre había cambiado por jamón o brazuelo. El trueque consistía en dar un jamón o un brazuelo para recibir dos panzas de tocino. La calidad cedía ante la cantidad: había para más tiempo y comíamos más. En este mismo recinto se encontraba una artesa muy grande ocupada por siete u ocho panes de al menos dos kilos que mi madre cocía a leña en el horno común del pueblo cuando le correspondía, pues había turnos. Pegadas a la artesa, un ánfora llenita de aceitunas y

otras dos con el aceite de nuestras propias aceitunas tras pasar por la almazara que, como es natural, se beneficiaba de la operación

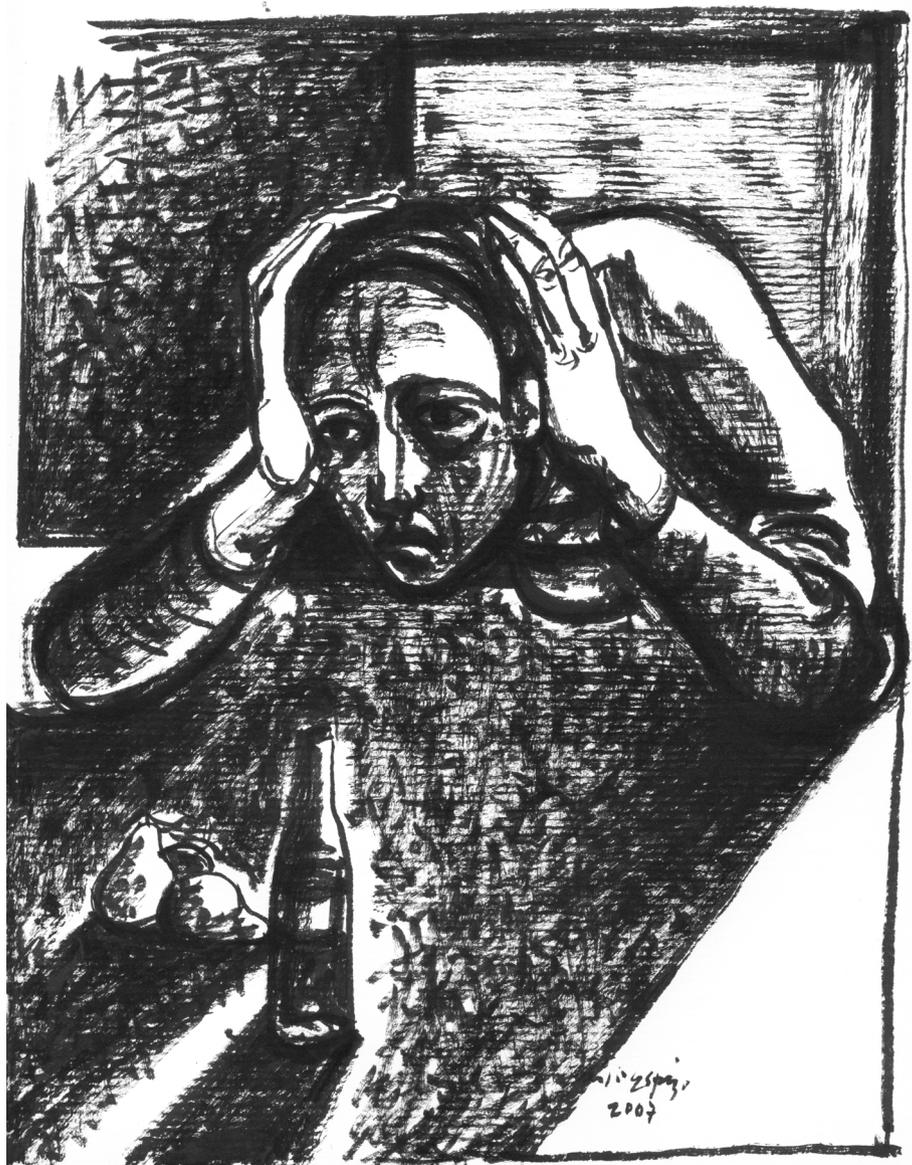
Llegamos finalmente a lo más recóndito de la cueva, un último cuarto de unos siete metros cuadrados donde se habían construido dos trojes, para el trigo y la cebada respectivamente. En el poco espacio que quedaba se colocaban los troncos de leña buena para las matanzas. En uno de los laterales de este cuarto había algo muy importante, vital para la vida de la cueva: un agujero de treinta centímetros de diámetro, que servía de respiradero y de medio de comunicación con el vecino ante cualquier peligrosa eventualidad. Esta última función nos salvó la vida la noche que se nos derrumbó la parte delantera de la cueva y nos dejó encerrados.

Y como no faltaban los intrusos, en cada cuarto teníamos colocado un cepo de ratones. Cada mañana nos encontrábamos, cantando y bailando dentro de la jaula ratonera, alguno.

Así era la cueva y su gente bien avenida, bien aclimatada en una temperatura ambiente que se mantenía igual en verano y en invierno.

Para nuestros padres poseer esta cueva era como poseer una fortuna.

LA CUEVA SE DERRUMBA





quel agujero de treinta centímetros que se encontraba en el último cuarto de la cueva, colindante con la pared del otro vecino, hizo valer su utilidad una cierta noche. El agujero tenía una doble finalidad: juntamente con la oquedad de la chimenea servía de respiradero o ventilación de toda la vivienda y de sus moradores, personas y animales, y una segunda finalidad de no menor valor, la de permitir lanzar un S.O.S. en caso de emergencia, como ocurrió en este caso.

La tarde había sido pacífica, serena. Cuando va a nevar suele quedarse la tarde dormida; los lugareños dicen “echada”. Encerramos los animales; cada uno sabía donde tenía su cama. Les pusimos la comida y agua para beber. Cenamos nosotros a la luz del candil y de las ascuas de la chimenea. No recuerdo qué cenamos, pero supongo que papas fritas con huevo, que era lo que nunca faltaba en nuestra cueva, y un buen pedazo de pan. Después de charlar un poco de farfollas, a la cama. ¡Buenas noches!, un

beso y ¡hasta mañana, si Dios quiere! Y Dios quiso que viéramos la mañana siguiente toda vestida de blanco, pero no sin grandísima angustia previa, pues aquella noche, alrededor de las cuatro según cálculo de mi padre -en la cueva no había reloj- vino sigilosa una nevada que se hizo sentir de tal manera que, con su gran peso, hundió toda la tierra del portal de nuestra cueva y quedamos atrapados dentro, sepultados en vida. Mis padres nos intentaban calmar y nos decían que fuéramos al agujero del último cuarto para hacerlo más grande, mientras mi madre cuidaba de la más pequeña que no paraba de llorar; él escarbaba y arrancaba tierra furiosamente con sus rudas y callosas manos, lanzándola hacia atrás para hacer hueco y lograr que entrara más oxígeno. Nosotros, viendo que era imposible ampliar el agujero en aquella pared de ochenta centímetros de grosor, nos unimos a nuestro padre en la faena. Mi madre dejó a la pequeña en la cuna llorando sin parar, bien tapada para que no le tocara la tierra que seguía desgajándose del techo; se arrimó a nosotros para unir fuerzas y arrancar la tierra, pues se nos iba la vida en ello. Las burras rebuznaban, las cabrillas y la oveja balaban, los cerdos gruñían como si de un terremoto se tratara. Habíamos podido avisar por el hueco “telefónico” al vecino, que era mi tío Torcuato, apodado “El Pillo”, apodo del que hacía honor. Este

alertó al resto de los vecinos, los despertó y tal cual se habían acostado vinieron raudos en nuestra ayuda. Se nos iba el tiempo y el oxígeno. Teníamos el alma en vilo. Felizmente, entre el esfuerzo de los vecinos por fuera y del nuestro por dentro, pudimos despejar la entrada y, barriga a tierra, logramos salir a la era. Todo nuestro cuerpo estaba pintado, borracho de arcilla. Si no es por el pequeño agujero de treinta centímetros nos asfixiamos la familia y los animales. Pero en el calendario de Dios aún no estaba tachado ese día.

Al siguiente mis padres dieron las gracias a los que nos salvaron, convidándolos a unos chorizos en aceite y a unos vasos de vino. Y allí estaba naturalmente mi tío “El Pillo”, el que había alertado a los vecinos; él no movía la mano para nada y sí el codo para beber vino. - “Cuñao, ¡qué güeno está este vino” -dijo. - ¡Anda, granuja!, que si es por ti nos morimos ahí dentro todos - le decía mi padre. A lo que “El Pillo” respondía: - “¡Cuañao, es que yo sólo no podía hacerlo to!” Y todos tan hermanos y tan buenos vecinos

Lo ocurrido, el parcial derrumbamiento de la cueva, quedó en anécdota, pero un albañil de entonces, que ni era albañil ni tan siquiera aprendiz, pero que algo sabía, tuvo que rehacer la salita y

el portal. Para pagarle mi padre le echó peonadas en la siega, en la siembra, en el arado, en la labranza y en otros menesteres.

Reza el proverbio del labrador: “ año de nieves, año de bienes”. No siempre es así.



DE LA MATANZA Y SU RITO





ompía el gallo la madrugada con su quiquiriquí. Toda la familia se ponía en danza. Dos días antes el padre, cabeza de familia, había avisado al matarife. No abundaban muchos con este oficio que era un suplemento del oficio de agricultor. .

-De acuerdo, el miércoles a las seis en punto de la mañana en su cueva. Tenedlo todo bien preparado y no le dé de comer la noche anterior al marrano.

- No. Quede Vd. con Dios.-

La madre ya había desempolvado y fregado bien todos lo utensilios para la matanza: calderas, barreños, máquina manual para picar carne, con sus cuchillas bien afiladas y el manubrio adecuadamente apretado, sartenes, lebrillos ya lañados por su edad y uso, embudos..etc... Y con los utensilios los condimentos a punto: las cebollas y ajos, la matalahúva y demás especias limpias. Días antes el cabeza de familia junto con sus hijos ya habían acu-

mulado la numerosa leña necesaria para ese acontecimiento anual. La leña se apilaba en el corral y de allí se iba sacando la necesaria para que el fuego no cesara. Con el fuego se iniciaba el rito de la matanza, El fuego ha tenido siempre valor de convocatoria de vecinos y familiares para hablar un rato junto al calorcito con un vasito de vino en la mano. Los niños, como era normal, en primera fila con su tizón ardiendo y haciendo círculos con el mismo

- ¡Niño, que te vas a mear luego en la cama!

Advertencia tan sabida como inútil. Los niños continuaban con su diversión ¡Era una vez al año!

Las cuatro de la madrugada habían sonado en el reloj de la iglesia. En su sitio, la caldera enorme, de un metro de diámetro, sobre la redonda trébede de hierro; las tenazas para atizar las ascuas, apoyadas sobre la negra pared de la chimenea.. Agua y más agua vaciando los cántaros que reposaban en la cantarera.

-Échale más agua - repetía el padre al hijo mayor- hasta la soldadura de las asas. Que no se apague la llama. Mete más leña.

Y cebolla tras cebolla, peladas el día anterior, iban zambulléndose en el agua caliente de la caldera.. Una vez cocidas, se sacaban y se volvía a introducir otra más y así hasta que la madre decía

“basta ya”.. Los gruñidos del cerdo que presagiaba su futuro inmediato y el chisporroteo de la leña al quebrarse por el fuego acompañaban el frío y el silencio de la madrugada de cuatro a seis.

Van a dar las seis. Se oye el chapoteo de unas botas por la era y el sonido típico de las herramientas que lleva el matarife en su capacho. Un empujón a la puerta; hay confianza:

- Buenos días, familia. ¿Dónde está ese marrano de la Zarria?

Zarria es el apodo del ama de la cueva. Digo la cueva, porque la matanza era cosa de la cueva; y la cueva, del pobre. Porque el rico, aun poseyendo dinero, no disponía de habitáculo específico para tales animales, e incluso se consideraba una bajeza realizar esa faena en casa, salvo algunas excepciones.

- Niño, saca la romana que vamos a pesarlo a ver si me he equivocado. 150 kilos le echo yo,

Con candil, a falta de luz eléctrica, entran a la cochinera. El matarife engancha por el hocico al animal, con su pincho curvo, especie de garfio con empuñadura de madera y en cruz para que no se resbale. Una soga y ocho manos fuertes. Se equilibra la romana con su peso y el del cerdo.

- ¿Qué te decía yo?. 156 kilos. Este es bueno. Ahora a la mesa.

Amarrada ya la pata inferior a la de la mesa,

cuatro fornidos brazos inmovilizan al animal. No falta el niño que quiere colaborar agarrando el rabo con sus manos pequeñas. Un certero pinchazo de faca en el corazón. La madre, con un lebrillo exactamente colocado debajo, y de rodillas, como si le pidiera perdón por lo inevitablemente hecho, movía y removía con presteza la sangre que salía a borbotones del hendido agujero para que no se cuajara. Rico y rojo líquido que posteriormente sería indispensable para fabricar las sabrosas morcillas con manteca, cebolla y especias y demás embutidos. Poco a poco cesan los gruñidos hasta enmudecer. El animal ha muerto. Lo colocan en una artesa de madera y vierten cubos de agua hirviendo sobre su dorso.

- Vamos con él, -replica el matarife - que se enfría.

Y con cucharas grandes y bien afiladas para ello se procede al afeitado del cochino. Por esta zona no se suelen quemar los pelos del cerdo. A continuación, el proceso de apertura en canal y despojo de las entrañas servibles e inservibles. El matarife procede con rapidez pues tiene que hacer más matanzas. Por hoy ha terminado.

- Hasta mañana, familia., dice sorbiendo un vasito de aguardiente que le ha dado el cabeza de familia.

- ¿Quiere otro?.

- No hombre, que si no, en vez de pincharle al marrano, le voy a pinchar al que lo ha engordado. Gracias.

Colgado en canal, se sujeta su panza abierta con unas cañas para que se mantenga en esa posición y no se cierre. En tan solo una noche con el gélido frío estará rígido para mañana descuartizarlo, despedazarlo; clasificar sus carnes para confeccionar los diferentes embutidos. Labor que es también del matarife. Esta es la noche en que los niños disfrutaban más del marrano; chicharrón va, chicharrón viene, y pedacitos del solomillo con un poquito de sal y especias, liadas con papel de estraza, colocados sobre las vivas ascuas. En un par de minutos el manjar está preparado para llevárselo a la boca. Alguien sale con alguna que otra quemadura, pero no importa; cuenta más la alegría y la diversión que el dolor que pueda ocasionar la quemazón del chisporroteo. Sólo en ese día les está permitido fumar a los más pequeños, pero no tabaco, sino el polvo de matalahúva: que caía del cedazo cuando la madre la cernía.

Al día siguiente vuelve el matarife:

- Buenos días, familia.

- Buenos días, hombre -le responde el ama.

Tres o cuatro barreños ya están preparados para que el matarife vaya arrojando en cada uno, casi

sin mirar - ahí está su arte y su salero-, la materia prima del chorizo, de la morcilla, de la butifarra, de la sobrasada, de las salchichas, del salchichón, de los chicharrones, del espinazo para los cocidos .etc..

- La cabeza ¿la quieres partida o entera?

- Por la mitad, y ponga aquí los sesos para el niño - le dice, dándole una taza de porcelana de las antiguas.

- Bien, ya está todo..

- Tome un poco de aguardiente.

- No, gracias, que ahora tengo cinco de una tacada.

Pagaba el cabeza de familia, y a otra cueva se iba el matarife para realizar la misma faena.

Los 156 kilos del cerdo quedaban troceados en cinco cacharros repletos de carne, huesos y corteza. Todo este día estaba dedicado a picar la carne, la cebolla y demás condimentos con la máquina manual. A continuación se empezaba a embutir con la misma máquina pero supliendo las cuchillas por el embudo. Hecho el trabajo del embutido hay que colgarlos en cañas y dejarlo secar unos cuantos días. Los jamones y brazuelos se salan superpuestos sobre algo de madera; la mayoría de las veces, sobre la máquina de trillar; todos ellos muy bien colocados, con mimo, como si se tratara

de hacer una pared con ladrillo y nivel. Muy bien tapaditos con sacos de esparto para que la moscarda no los cague, pues de ocurrir esto, se pudrirían. En este estado han de permanecer unos quince días para que la sal realice la primera fase de curación.

Al día siguiente tocaba el lavado de cazuelas, cuchillos ollas, lebrillos, azafates, barreños, orzas, máquina trituradora con sus respectivas piezas, y demás enseres. Todo bien colgado en las paredes de las trojes y tapadas con pleita. ¡Y hasta otro año, si Dios quiere!

A los cinco días, más o menos, se freían todos los embutidos para conservarlos así durante el resto del año, introducidos en ánforas, cazuelas enormes de latón con el mismo líquido, la mantequilla roja, en que se habían frito, que servía de conservante. Los jamones y brazuelos se colocaban en sitio fresco, en el hondo de la cueva -segunda fase de curación-. A los seis meses ya estaban a punto para saborearlos con un buen chatito de vino y rico pan granadino.

A los dos o tres meses de haber hecho la matanza, que solía ser en los más fríos, Diciembre o Enero, para la sana curación y posterior conservación de los productos, el cabeza de familia volvía a comprar uno o dos marranillos pequeños, que castraba de inmediato, para preparar con la misma rutina la llegada de la nueva matanza. ¿Rutina? No.

Aclaro. Rutina es el “hábito adquirido de hacer las cosas por mera práctica y sin razonarlas”. La matanza tenía justificada su razón de ser. Incluso en la familia pobre y numerosa la necesidad imponía a veces su razón en el trueque de calidad por cantidad, cambiando jamones por un mayor peso de tocino.

La matanza tenía su rito con una liturgia bien orquestada, con un aspecto festivo familiar y vecinal, y particularmente lúdico para los pequeños. ¿Acaso hemos olvidado que de la vejiga inflada del cerdo hacíamos un balón de fútbol para jugar en las eras?

Todo esto queda en el recuerdo cálido. Las normas de higiene cívicas han impuesto la matanza de la matanza.



EL PASTORCITO





o recuerdo allá por el año 1952. Con apenas ocho años fue uno de tantos pastorcitos de la ya avanzada postguerra. Había pasado por la Escuela Nacional, obligatoria. Previamente había asistido a la infantil, por entonces llamada de los “caguetas” (¡pobres criaturas!). Había compartido escuela con grupos de treinta a cincuenta niños, todos de parecida edad, al cuidado de una cuarentona señorita, para más señas bizca, sin estudios y, por de sobra sabido, sin título; eso sí, amiga del cura y de las madres de los pequeños. El niño sabía leer bien, pues sus padres, aunque pobres, preocupados por el aprendizaje de sus hijos, se habían gastado los reales en clases nocturnas.

Los tiempos mandan en la vida de los pobres. El pastoreo, utilizando a los pequeños, no era ni mucho menos explotación de menores; simplemente era un modo de completar los ingresos de los padres, conseguidos a base de peonadas y jornales para tirar

hacia adelante de la familia, por regla general más numerosa que ahora. Había que ingeniárselas, no para ahorrar, pues con tener para comer se daba toda la familia por muy satisfecha, sino para no entraparse más. En la casa del pobre siempre faltaban manos para poder comer todos. Lo de vestir era cuestión muy secundaria. La ropa del mayor servía para los que venían detrás, por muy zurcida que estuviera. ¿La higiene? El término ducha no existía en su diccionario. Ni tan siquiera se sabía lo que era un cuarto de aseo. Con un cántaro vertido sobre la cabeza, cayendo a modo de cascada corpórea en la jofaina, estaba cumplida la limpieza. Y no siempre el agua estaba caliente.

Para las familias humildes era un lujo poseer un rebaño por pequeño que fuera, pero también suponía un enorme sacrificio el mantenerlo. El propietario se abastecía con él de leche, queso, lana para los colchones -esquiladas las ovejas generalmente por el gitano dedicado a tal oficio-, estiércol y de algún dinero por la venta de sus productos.

El señorito me ha pagado muy bien por un corderito tierno - se oía comentar a veces al cabeza de familia.

A sus ocho años el niño fue pastor por secanos, montes y vegas. Tuvo que aprender la crudeza climatológica a base de golpes. Y estos a tan corta

edad suelen ser más pesados y duelen mucho. Tenía a su cargo veinte animales, entre ovejas, cabras y un cerdo; ganado pequeño, proporcionado a su corta edad. Para realizar bien su labor, había elegido dos de los cuatro perros que había en la era: Linda, pequeña, obediente, de pelo pardo sedoso, y Canelo, de mediana estatura, delgado, de vista aguda, audaz, de excelente olfato y fiel a su amo. Según comentaba el pastorcito ya maduro, los perros lo cuidaban a él y a su ganado.

Mientras sus padres andaban de sementeras, labranzas y siegas, él tendría que ir por los rastrojos, por los balates y las alamedas. Eran ocho años recién cumplidos los que encerraba en su zurrón a más de su bocadillo de pan con aceite y un terrón de azúcar, navaja pequeña y un libro, el único, la Enciclopedia de Álvarez. El pastorcito tenía ganas de saber.

-Venga, hijo, arriba, que ya es la hora. -Y zarandeándolo, a pesar del inmenso dolor de su corazón, lo despertaba su madre todas las mañanas.

-Ya voy, mama - respondía el chaval entreabriendo las pequeñas ventanas de sus ojos.

-Tómate este ponche; verás qué fuerza te da. Bebiendo muchos, te harás un hombre.

Y el niño cogía la taza de porcelana y se bebía, sorbito a sorbito, el vino blanco con huevo batido y azúcar.

- Cuidado, hijo; si ves feo el tiempo, arreas y te vienes. Aquí, en la cueva estará la abuela; papá y yo nos vamos a la Parata. (La Parata era media fanega de tierra muy productiva, heredada del abuelo).

Y allá vemos al chaval saliendo de su cueva de camino hacia los campos en busca de pastos para su ganado. Trabajo de jornada completa con creces. A la hora del ocaso su padre irá hasta la punta de la era para esperarlo. Cuando divise a lo lejos una fila blanca como de hormigas, se le tranquilizará el corazón: es que regresa el niño con su ganado y sus perros.

Camina el chaval con su gorrilla o sombrero, oxidados del sudor, del sol y de la lluvia, con pantalón corto y tirantes, o con bombacho zurcido y sujeto a su diminuta cintura por una cuerda de cáñamo, trenzada por él mismo, y siempre con sus sandalias de goma. Detrás lo siguen diecinueve cabezas de ganado ovino y un cerdo. A su lado la Linda para que las ovejas no adelanten al pastor; detrás, el Canelo, arreándolas para que no se queden rezagadas; en medio, el cerdo que marcha a la par de sus hermanas de género animal irracional. Puede que a alguien le resulte raro e incomprensible que un marrano congenie con el otro ganado, pero así era, según recuerdan los lugareños. Más raro aún puede parecer el servicio que el marrano le prestaba a su

pastor; pero lo comentaba, no hace mucho, un anciano pastor en un corrillo de la plaza del pueblo:

- ¡Buen avío le hacía el marrano al niño cuando tenía que cruzar riachuelos! Para no mojarse, se subía a lomos de su cochino. Muy manso el animal, como si tuviera conocimiento, lo cargaba hasta la orilla.

La faena de pastor tiene mucho de rutina en su labor de conjunto; pero las incidencias que puntúan la jornada son imprevisibles, no se atienen a reloj y piden una respuesta eficaz en cada caso. El pastor vive en actitud de alerta, ojo avizor. A veces el tiempo se hace cansino, aburrido, y le sobran horas al día. Otras, precipita acontecimientos:

- No sé qué les pasa a mis ovejas que hoy no tienen ganas de comer. ¿Será el tiempo? Creo que ya mismo me voy para el corralón - le dice Julián, muchacho pastor que le dobla en años, con el que se ha cruzado.

- Puede que estén asustadas por la tormenta que se acerca.. ¿Te has fijado en los nubarrones que vienen por allí? Hay que volver corriendo al pueblo.

Dicho y hecho. Le ha pasado por la cabeza el consejo de su madre de regresar corriendo si el tiempo se pone feo.

Aunque pequeño en años y la vida le viniera demasiado grande, el pastorcito tenía que realizar, desde la experiencia, un aprendizaje urgente para

tener una respuesta rápida y apropiada a cada instante. ¿Faltaba el agua? ¿Tenía sed? Se echaba boca arriba, debajo de una oveja, y abría el grifo de la ubre.

Visto desde la altura de mis años, me cuesta comprender la responsabilidad que se descargaba sobre un niño tan pequeño al que la climatología, entre otras circunstancias, se encargaba de curtir. El amargor del frío de las tardes de invierno hacía mella y penetraba en sus frágiles huesos. Sabía de sabañones en las orejas y manos aunque tuviera manoplas de lana; sabía de las noches temblorosas, desveladas, de las ovejas mal paridas...y hasta sabía controlar los ardores del carnero semental -al que llamaba Juguetón- colocándole una esterilla de esparto para evitar que cubriera a las ovejas. El pastor era pequeño, pero la vida le iba enseñando mucho.

Cuando el reloj del hambre le sonaba en el estómago, aprovechaba un momento de paz que puntuaban casi en somnolencia las esquilas del ganado que pastaba a sus anchas y como siguiendo un ritual colocaba sus posaderas con pantalón rayado de desgaste sobre una piedra, ventilaba su cabeza despojándose de su gorrilla, abría su zurrón con la ilusión de encontrar más de lo que había en él, y sacaba el bocadillo. ¡El primer mordisco le sabía a gloria pura! A su lado Linda y Canelo lo miraban

con ojos de piedad.

- No os preocupéis, que hay para los tres.

Y les daba su porción. Alguna oveja, envidiosa, miraba de reojo, y Canelo, como adivinando sus intenciones, le daba un ladrido y la volvía a colocar en su faena.

Si el ganado, harto de comer, se tumbaba a la sombra de cualquier árbol o matojo para sestear, el pastorcito aprovechaba el momento para echar una cabezada muy tranquilo sabiendo que los perros permanecían ojo avizor. Un pequeño gruñido era suficiente para saber que alguna oveja quería libertad o independencia del rebaño con peligro de que se le desperdigara todo el hato. Lanzaba un silbido de mandato y Canelo corría hacia el animal descarriado, haciéndolo regresar a la manada.

Alguna que otra jornada le deparaba momentos de sosiego que él aprovechaba para sacar su enciclopedia del zurrón. Le agradaba abrir el libro por las últimas páginas donde estaban los versos de Samaniego y algunas otras poesías. El chaval, a pesar de la dureza de la vida que llevaba, no la consideraba tan dura, comparada con la de los jornaleros que se tiraban segando de sol a sol. Tenía en estado puro la curiosidad innata del niño. Se hacía mil preguntas que nadie le contestaba: “¿Por qué el grano se entierra y nace una planta? ¿Por qué no podía haber medio

agujero, sino que siempre era un agujero entero?” El pastorcito disfrutaba del entorno que lo envolvía: “¿Quién habrá enseñado al ruiseñor a tocar tan bien su flauta en la copa del alamillo negro?” “¿Quién habrá pintado de tan variados colores las flores y los árboles?”

Se dice que el mundo bucólico y pastoril fue un género literario muy del Renacimiento, espejo de un mundo inexistente, soñado, irreal. Se ha afirmado también que el campesino ve campo y no paisaje. ¿Pero es siempre así? Lo que sí sé es que el pastorcito lograba compaginar la crudeza, el sufrimiento y los sinsabores de su oficio con el gozo de la naturaleza y la lectura de las poesías de su enciclopedia.

Acabo de decir “crudeza”. Hay dos estaciones particularmente duras para el pastorcito: el invierno cerrado y el tórrido verano.

Cuando el hielo y la nieve se apoderaban de los campos, aumentaba la faena, pues no podía sacar el ganado y había que echarle las pacas de alfalfa o las gavillas de paja en el corralón del redil. Tenía que limpiar el corralón de las cagarrutas para que las ubres estuvieran limpias y se pudieran ordeñar sin temor a que en el cubo cayera suciedad. El ordeño era faena de cada mañana. Era el trabajo que le resultaba más pesado. Los cubos llenos se introducían en una cuba grande que dejaba la Coo-

perativa. A media mañana pasaban los camiones y se las llevaban para la venta y al pastor se le pagaba una décima parte del valor de la leche en el mercado. Pero no había otra cosa: o eso o nada, y eso era mejor que nada

La otra estación dura era el verano. No por la tardanza de la noche, sino más bien porque en el sofoco del día el rebaño debía permanecer en el redil para librarse de las calores desérticas del implacable sol que en esa época se impone en estas tierras andaluzas. En tales circunstancias eran dos las salidas que hacía el pastorcito: por la mañana bien temprano, cuando el rocío se ha evaporado, pues de lo contrario el ganado puede enfermar al comer la hierba con escarcha. Es una enfermedad que los pastores de la zona denominan “luza”. Este término, como tantos otros, no está en el Diccionario de la Real Academia, y aunque me era conocido, un día se me ocurrió preguntarle a un antiguo pastor:

-¿En qué consiste la “luza”?

-Consiste - me dijo- en que el animal se va por por arriba y por abajo, a la pata tiesa.

No hay que ser muy ancho de entendederas para saber que se trata de la deshidratación.

La otra salida tenía que hacerla al caer de la tarde. Disfrutaba particularmente cuando veía las ovejas pastando a la luz de la luna. Pero en el verano

no todo es idílico. Están las tormentas de improviso, las que vienen en silencio, sin avisar. Cuando barruntaba que se les venían encima, recurría al latigazo al aire con su peculiar sonido y, ayudado de los perros, emprendía con el ganado un regreso precipitado y agotador hacia el redil entre relámpagos y truenos. No hay que decir cómo llegaban de cansados, pero había valido la pena.

Era también labor del pastorcito organizar el ganado en compartimentos en el redil. Había un lugar para las preñadas, para las crías sin necesidad de mamar, para las que aún seguían mamando y otro para las no preñadas, donde tenían lugar las fiestas nocturnas con el carnero, al que él había puesto por tal razón el nombre de Juguetón.

Aparte las tareas propias del oficio de pastor, el niño había aprendido a sembrar trigo, papas, maíz... y también a abonar. Lo que más pesado se le hacía era arar; sus fuerzas infantiles no estaban proporcionadas al peso del arado.

Jornadas siempre llenas. Muy poco era el tiempo que, alguna vez, le quedaba libre para jugar con sus amigos a las canicas, a las chapas, para rodar el aro o para resbalarse por las cuestas nevadas del pueblo sobre un saco de esparto los días de nieve.

Y así pasaron los años y los años, los meses y los meses, los días y los días del pastorcito hasta que

un día -un buen día- su padre se dijo:

- No va a estar mi hijo tirado por esos rastrojos todo el día para que venga un señoritón y se lo regale. De eso nada. - Y pronunciaba estas palabras con firmeza y un poco de resquemor, lógico en el agricultor con referencia al ricachón.

Consecuencia de esta decisión paterna fue que el pastorcito comenzó a alternar sus estudios en las Escuela Nacional n° 2 con su labor de pastor con un rebaño ya mucho más reducido, pues sus padres, de buen acuerdo, prefirieron que aprendiera, aunque ellos tuvieran que dejar sus carnes prendidas entre zarzales y trozos de vida en los campos.

Al finalizar el curso 1957-58 se sintió especialmente feliz y satisfecho. Había terminado el primer curso con unas notas estupendas. A su vida se le abrían nuevos horizontes.

Cierta mañana, al mirarse en el espejo de aquella sala grande, el pastorcito flacucho, de orejas grandes y pelo fuerte con tupé, se vio sin zurrón a sus espaldas, sin sandalias de goma, sin boina hasta las orejas, y se extrañó de sí mismo. Como por arte de magia, sin explicárselo, se había transformado en un seminarista.

Han pasado muchos años y sin necesidad de espejo veo en mi mente a aquel niño pastor; lo

recuerdo perfectamente. De lo que no me acuerdo exactamente es de su nombre, pero juraría que se llamaba Miguelito.



JORNALEROS:
SEGADORES Y BARCINADORES





La máxima actividad agrícola en el pueblo se da en los meses de junio, julio y agosto. Es la recolecta de los cereales. En los secanos, la cebada tempranera y el trigo piche con espiga recortada; y en la vega, campos de regadío, el trigo candeal de blanca melena y espiga larga.

Muy temprano por la mañana todos los que se sienten útiles para segar con hoz o llevar una yunta de vacas, un par de mulos o de burras con sus respectivos carruajes están sentados en los bancos de la Plaza Mayor junto al Ayuntamiento y la iglesia. Esperan a los caciques, grandes terratenientes, rezando tal vez para ser los afortunados elegidos que puedan echar el jornal y llevar algún dinero a su cueva. Los señores propietarios suelen tener en cuenta la fortaleza, las mañas, la destreza de los jornaleros en el manejo de la yunta de vacas o la pareja de mulas o burras, pero muy particularmente se fijan en la calidad de los animales, ya que, en otras ocasiones, los han visto portear productos agrícolas.

- Por ahí vienen.

- Hoy parece que vamos a tener suerte, pues se acercan unos cuantos y la mies ya está apunto. Si la dejan más tiempo se puede pasar.

Los caciques, que suelen ser también los dueños de los grandes cortijos, bajan de sus blancas y relucientes yeguas; echan un vistazo a las personas como si fueran ganado en venta y comienzan a escoger:

-Tú, Mela, ponte aquí. Y tú, Manzaneque, con tus cuatro hijos, poneos también aquí.

Los señores conocen a la gente por su nombre porque ellos también son del pueblo, o, mejor dicho, el pueblo es de ellos. Y de este modo, a dedo imperativo, van escogiendo uno tras otro a los peones. La prioridad para elegir la marca la cantidad de terreno en propiedad: el que más tiene empieza el primero y así sucesivamente.

Terminada la elección, inevitablemente surgen los desencantos:

- ¡Ea!, hoy en paro forzoso. ¡Mala suerte!

- Pues yo lo voy a dedicar en arrancar hierba en Piena.

Y, de mejor o peor cara, se disuelve el grupo de los no elegidos, yéndose cada uno a sus labores propias, pues siempre hay algo que hacer.

Los segadores elegidos cogen sus herramientas

de siega, su sombrero y su capacho, y los barcinadores, gañanes y mozos, se dirigen y se suben a sus respectivos carros para ponerse en marcha hacia el tajo. Los carros tirados por caballos en fila india toman la delantera. Su trote y su cascabeleo dan alegría a la aurora. Siguen los carros tirados por burras. Cierran la marcha los tirados por vacas, más tranquilas, pero también las más fuertes.

Aún no se había levantado la mañana y los barcinadores ya estaban pisando el camino polvoriento del Portachuelo. Al llegar a la Cruz del Muchacho, sin que se pronuncie el “¡sooo!” de parada, se detienen los animales; lo hacen por instinto. ¿Cuántas veces no lo habrán hecho ya antes? Se bajan los barcinadores de sus carros y cada uno lanza una piedra a la base de un pino. Es una historia legada por tradición a todos los habitantes del pueblo, tan breve como la historia de la sanguinaria muerte de un muchacho.

Era un carbonerillo que con su borriquilla par- da se dedicaba a hacer y vender carbón en los pueblos vecinales. Los lugareños de vez en cuando le compraban algo de carbón por algunas perrillas; lo hacían, más que por necesidad, por lástima hacia el muchacho. Cierta día regresaba triste el carbonerillo; no había vendido nada; sale a su encuentro un malvado y despiadado desconocido; le pide el dinero,

y, al no tener, se ensañó con su faca dejándolo, según el hablar de estos pueblos, como un colador. Desde entonces todo el que pasa por allí, por el Portachuelo, le lanza una piedra para que la cruz pétrea del muchacho nunca desaparezca, ni su recuerdo tampoco.

Más o menos pronto, según las distancias, llegan los segadores a los llanos donde ni la vista alcanza a ver su fin; sombrero en la cabeza, dediles en la mano izquierda, la hoz en la derecha y sogas de esparto para atar los haces entre correa y pantalón. Le echan un vistazo a aquella planicie inmensa vestida de cebada o trigo y encorvan la rabadilla para segar. Un puñado, una gavilla, un haz atado con su ramal... y así una hora y otra, un día y otro, los meses del verano..., si tiene la suerte de ser reelegido al día siguiente.

Pero la mies no puede quedarse en el campo. Formados los haces, hay que llevarlos al cortijo o a las eras de los señores. Para eso están los carros. Son carros de ruedas grandes revestidas de aros de hierro con sus radios de madera fuerte, arrastrados por yuntas de vacas, amarrado el ubio a los cuernos despuntados, o por un par de burras atadas a sus colleras, o por tres o cuatro caballos en hilera para hacer más fuerza. Carruajes con caja de hierro o de madera para que quepa más mies, en cuyos laterales

se colocan palos verticales para enganchar gavillas o haces. Los de los caballos en hilera incluso tienen una hondonada o concavidad en el mismo para que quepa más mies.

Para cargar cada carro se necesitan dos hombres: uno en tierra y otro en el carro. El que está abajo, en el rastrojo, pincha con la horca de hierro los haces y se los alarga al que está subido en el carro. El que pisa campo debe ser fuerte, pues tiene que elevar los haces a buena altura. El que está en el carro realiza un esfuerzo menor pero ha de tener maña para irlos colocando, insertándolos en los palos, disponiéndolos equilibradamente en la cantidad necesaria para que el carro no vuelque en los bade- nes, cambios de rasantes y accidentes del camino. Para mayor seguridad se sujetan los haces con una soga de esparto desde el travesaño del carro hasta la compuerta posterior del mismo.

-¿Preparados ya todos?.

-Vamos, ya están los carros cargados - se avisan los barcinadores.

Y allá regresan, en el mismo orden que antes. Dignas de ser observadas por su solemnidad son las yuntas de vacas, con su gañán delante y el tornero detrás por si surge alguna emergencia o imprevisto y tenga que echar mano del freno. Marchan parsimoniosas, como contando sus pasos al compás del

sonido de sus badajos. Son las que más peso portan por ser más fuertes. El resto de los carros igualmente dispone de una persona delante, para ir sorteando los hoyos, y otra detrás con el mismo oficio que el del carro de la yunta de vacas.

Llegados a destino, se procede a la descarga de los carros. La acción de descarga es más rápida. Se suben los dos para ir desclavando los haces de las varas y van cogiendo primero los haces del fondo, lanzándolos al montón. No importa la compostura en que caigan en la era pues van a ser triturados inmediatamente por las máquinas trilladoras

Paran un poco para que los animales beban y repongans fuerzas comiendo de la misma cebada que han transportado. Los barcinadores alivian sus cabezas a la sombra quitándose el sombrero; toman un bocado y beben el agua fresca que les sacan de las cuevas que, tanto en verano como en invierno, conserva la misma temperatura.

Y por la carga siguiente, repitiendo la misma faena mañanera. Si se trata del Portachuelo, que dista de la era unos dos kilómetros hay que sacar tiempo para hacer seis "barcinadas" al día. Entra en el contrato del terrateniente. Si se hacen menos viajes, descuento al canto. Hay pues que darse prisa. Pero a pesar de ello es obligatoria la respetuosa parada ante la cruz del muchacho carbonerillo.

Suele finalizar la descarga del tercer viaje cuando el reloj de la iglesia del pueblo marca las tres de la tarde. Hay que hacer una parada necesaria para comer. Una silla para sentarse, un haz, el mismo suelo, buscando un poco de sombra, los barcinadores abren sus capachas, preparan sus navajas de pico curvo y sacan la fiambreira con fritada, buenos trozos de chorizo, morcilla chorreando manteca, ensalada y fruta. Y el pan, naturalmente. Se fijan un tiempo contado, limitado: una hora. Aceleran para sacar unos minutos de siesta, un corto sueño, que, de breve, más que una realidad es eso, un “sueño”. El trabajo exige no perder comba; es un trabajo a destajo

Los tres viajes restantes son idénticos salvo en la comida. Terminado el último, se oyen por las calles del pueblo los cencerros de las vacas que vienen cansinas y lentas, espantando con el rabo las pesadas moscas estivales, camino de la cuadra para comer y descansar del duro día. Más cantarinos han llegado antes los caballos con sus alegres cascabeles prendidos a sus jáquimas.

Y la celebración inevitable:

-Vamos a la taberna de la señora María a tomar un chato - se dicen unos a otros-, que nos lo hemos ganado

-María, a mí uno de blanco.

-Tú ¿ qué quieres? - pregunta la señora María,

hija de la Comadre, con su sonrisa siempre en los labios, sirviendo a sus clientes con un dominio total de la barra a pesar de su ceguera.

-A mí una cervecita bien fresca.

Charlotean un poco tan sólo, pues lo que más desean es echarse en la cama y descansar.

¿Y mañana? ¿Serán elegidos de nuevo? Es la eterna angustia del jornalero. Pero en este caso hay que decir que para segar y barcinar el terrateniente prefiere un contrato para la temporada. El de los segadores termina antes, el tiempo que queda caña en pie. Es más largo el de los barcinadores, pues una vez que la mies está trillada y ablentada, y el grano limpio introducido en sacos o costales, ellos lo portan a los silos

Jornalero: días apretados, diluidos, o ninguno.
Vida a merced de una llamada.



CURRITO



W. H. S. P. J.
2007

Se le conocía por Currito. Se le tenía por el tonto más listo del pueblo. Agapito - que ese era su nombre de pila - tenía una merma de capacidad intelectual, una discapacidad de un 70 % más o menos, con una equivalencia de unos siete u ocho años de edad. No extraña pues que lo recordemos congeniando con niños de esas edades, cuando él contaba con unos veinticinco años. Currito era de familia humilde. Tenía un cuerpo fornido y sus barbas eran largas y pegajosas. Se había peleado con el agua.

“¡Que trabajen los motores!” era una de sus frases tópicas. Tenía muy bien asimilado que podía vivir sin trabajar y que para ello tenía que recurrir a sus astucias. De ahí que no se le tuviera por un tonto tontarrón, sino por pícaro, ocurrente, al tiempo que simpático e ingenuo. Cualidades que le abrían las puertas y el corazón de la gente de su pueblo por el que andaba a sus anchas ya sea por el Barranco del Cuerno, por el de las Ánimas, por el de San Gregorio,

por el de San Buenaventura, por el de La Calera o por cualquier otro sitio por donde siempre iba dejando huellas de su paso. Currito era fácilmente localizable, cosa que tranquilizaba a sus padres que no lograban retenerlo en la cueva donde vivían, incluso se avergonzaban de que anduviera por ahí como un perro vagabundo. Pero él se sentía dichoso de ser libre a su manera y de hacer lo que le apetecía. Y lo que le apetecía sobremanera era no trabajar. “¡Que trabajen los motores!” Casi vaticinaba el momento ya cercano de la motorización de las faenas agrícolas. No trabajaba –decía- pero siempre estaba activo, de acá para allá, prestando favores.

¿Comer? No era problema. Más de una vez dejó sin comer a algún segador de aquellos interminables llanos de secanos rizados de trigo, cebada y centeno. En verano el pan se resecaba, sobre todo si estaba a la intemperie; para evitarlo se hacía un hoyo en el suelo y, liado en un trapo húmedo, se introducía en el mismo. En más de una ocasión cuando los segadores iban a sacar el pan, sólo se encontraban el agujero, pero sin pan.

“¡Qué “güeno” estaba el pan!” - le decía Currito con sorna y sonrisa de inocente al segador en su propia casa. A veces se iba con el pastor que más comida le daba. Nunca faltaba en el pueblo un alma buena para alimentarlo.

Su morada la tenía en el cementerio, en una cueva con una mesa en el centro, donde antes se realizaban las autopsias; su cama, una caja de difuntos vacía.

Cierta noche pasa por delante del cementerio un arriero con dos burras y sus respectivos serones cargaditos hasta los topes de naranjas traídas del Marquesado; marchaba hacia su casa contento de su recolecta. La soledad y la oscuridad eran absolutas. Currito, con su sábana rota, se asoma, a través de la tapia, por los tejados de los nichos y con voz ronca y misteriosa le grita:

-¡Soy el alma que te llevará al más allá!

-¡Piernas para qué os quiero! - se dice el pobre y asustado arriero. Y rompen a correr él y sus burras. Las naranjas por un lado, las burras por otro y el dueño se puso a remojo, pues cayó en la balsa de regar. Currito tuvo naranjas para muchos días.

Le encantaba ir la escuela “unitaria”. Era feliz con su pizarra en la mano, haciendo garabatos ilegibles con su pizarrín. Ni su corpulencia ni edad desproporcionadas eran obstáculo para jugar con los niños a los ñiques, a los “santos” (solapas de las cajas de cerillas) o a las “chapas”.

Los días fríos del invierno, al igual que los niños y el mismo maestro, iba a clase con su lata de conservas, hecha brasero, para calentarse; y como

los demás la colocaba debajo del pupitre.

Don Gumersindo, excelente Maestro, de aspecto físicamente serio, pero de gran corazón y mucha inteligencia, ponía particular empeño en Currito. A él le confirió el cargo de portero de la escuela y, más tarde, el de repartidor de la leche en polvo, de la mantequilla y del queso americanos de la postguerra. No faltaba quien pretendía hacerse el pícaro trayéndose una taza muy grande para que le cupiera más. Pero Currito se la llenaba sólo por la mitad:

-¿Tú crees que soy tonto? Y los demás ¿qué? ¡Qué listillo el niño!

Su actividad era polifacética. ¿Se había creado un equipo de fútbol en el pueblo? El era el recoge-pelotas; él engrasaba el balón. Acompañaba y ayudaba al cartero a repartir las pocas cartas que antaño había y siempre recibía alguna propinilla. Tocaba las campanas de la iglesia para el rezo del rosario, novenas y misas. El Sr. Cura le daba alguna perrilla (en las fiestas, perra gorda), un poco de vino dulce y los recortes de las obleas. Currito, disponible siempre, se sentía importante cuando alguien le daba un encargo. Particularmente peligroso era cuando en las fiestas del pueblo se empeñaba en lanzar “cobetes”, como él llamaba a los cohetes. Estallaba de gozo como los cohetes, lanzándolos sin ninguna protección en su manos y martilleando el cielo con una

granada de colorines.

Cierta mañana el silencio se mascaba por todo el Pueblo, el sol no se atrevía a salir, los perros no ladraban, el gallo no cantó su quiquiriquí. Toda la gente barruntaba algo (en un pequeño pueblo todo se sabe, todos se enteran). ¿Dónde estaba Currito? En el cementerio no estaba. Se había esfumado como el humo de las chimeneas.

-¡No me digáis que a mi Agapito le ha pasado algo! - decía la seña Fina, su madre, con sollozos y sin consuelo

-No sabemos dónde está, seña Fina, pero no se preocupe Vd., que lo buscaremos y lo encontraremos.

Con los niños no jugó la tarde anterior ni tocó las campanas de la Iglesia. Todos los Barrios se hacían la misma pregunta en voz chica: “¿Lo habéis visto? Era como faltarle a la torre su campana, al rebaño el badajo de los cencerros, a las yuntas de vacas su carro, o a las flores, el mes de mayo. Currito era hijo de todos los del pueblo.

Durante largos meses se quedó mudo el pueblo; al maestro le faltaba su portero y el repartidor de leche, mantequilla y queso; al cura, su campanero; al cartero su acompañante; al equipo de fútbol, su engrasador de balones, y a los niños, el ganador de todos los juegos.

En verano suelen regresar todos los nativos que por circunstancias de la vida tienen su trabajo fuera del pueblo. Uno de ellos era “Chimo el Fragüero”, chatarrero de por vida, el buscavidas que se marchó a Cataluña en busca de mejor vida para dar de comer a sus siete hijos.

-Desde que desapareció Currito el pueblo está más sólo. ¿Qué le habrá pasado? ¡Pobre Currito!

-¿Pobre? - replicó Chimo al oírlo- ¡Pero si tiene más dinero que nosotros! ¡Si se pone en el metro de Barcelona, que es un tren que va por debajo de la tierra, y, pidiendo, saca una «panzá» de perras!

Corrió como el fuego la noticia, la buena nueva. Los padres, la señá Fina y el señor Pepe abrieron los ojos de alegría. El alcalde se reunió con los padres de Currito, con el cura, el juez y el maestro y, guiados por el Fragüero, tomaron el tren de Guadix a Barcelona, conocido como “el borreguero”, adonde llegaron tras veinticuatro horas de viaje.

-Solía colocarse en la estación de la Plaza de España - aclara Chimo el Fragüero.

Allí llegaron con el miedo de no encontrarlo, mirando en todas direcciones, impacientes, en silencio, en medio de tanta gente en movimiento.

-¡Allí está! – gritó el Fragüero, como si hubiera hallado un tesoro.

Apoyado en la barandilla de las escaleras de

una salida del metro de la Plaza de España se encontraba Currito, haraposo, barbudo, más esquelético de cuerpo y casi tiritando aunque era verano.

No hay que decir la emoción del encuentro.

-Ya no me vuelvo a escapar más, mama -le dijo con inmensa ternura de niño pequeño a su madre -Y me voy con vosotros a la cueva - le dijo a su padre.

Cogieron las bolsas tiznadas de las lumbres que hacía en los descampados para calentarse, repletas de toda clase de utensilios que arrastraba consigo, las dejaron amontonadas y esperaron el primer tren de regreso. Otras veinticuatro horas que no se hicieron ni tan pesadas ni tan largas como las de la ida. Volvían con quien era la alegría del pueblo. No hace falta decir que los billetes los pagó el Excmo. Ayuntamiento.

A partir de entonces Currito comía y dormía en la cueva con sus padres y su hermana, solterona de más de cuarenta años.

El pueblo recuperó el ritmo alegre y monótono de la vida diaria como si no hubiera pasado nada. Y Currito también recuperó su cargo de portero, de repartidor de leche en polvo, de acompañante del cartero y su oficio de campanero. Y siguió jugando con los niños al atardecer. Eso sí, ahora les contaba cosas de la ciudad, del metro, de las bullas, de los ruidos que no le dejaban dormir.

Una tarde limpia, con sabor a alegría, con olor a chicharrones y algarabía de niños, se convirtió de repente en un torrencial de ronco silencio. Los niños, sus amigos, enmudecieron. Ya había terminado de cumplir todos sus cargos, para él tan importantes. Jugaba con sus amigos a las canicas junto a la carretera donde paraba la Autedia, el autobús que unía Guadix con los pueblos.

- Que tienes la canica bien colocada, Currito, tira ya - le decían los niños.

- Vosotros dejadme, que yo sé lo que me hago. Se subía un poco sus grandes pantalones de tirantes nuevos con un tic gracioso; colocaba su gorra girándola ligeramente hacia la izquierda, y lanzando al viento un sonsonete de palabras ininteligibles, se disponía a lanzar la canica. En ese momento suena el motor del autobús que da marcha atrás.

-¡Retírate! - le gritan los niños, asustados.

Pero él estaba ensimismado en introducir su bola en el agujero. Nadie pudo hacer nada por Currito. Se marchó a seguir jugando a las canicas con las estrellas y con los ángeles

El tañir de las campanas de la torre de la iglesia cortaba el viento y hacía añicos y jirones los corazones de la gente del pueblo. La sonrisa de los niños se quedó congelada.

Las campanas hoy no las tocaba él.